

Política y cultura. Biblioteca Contemporánea y Colección Austral, dos modelos de difusión cultural

por *Fernando Larraz*
(*GEXEL/CEFID - Universidad Autónoma de Barcelona*)

RESUMEN

El inicio del período de mayor auge editorial ocurrido en la historia de Argentina, entre 1937 y 1951, coincide con el lanzamiento de dos colecciones de bolsillo muy relevantes para la educación de una generación: la Biblioteca Contemporánea, de la Editorial Losada; y la Colección Austral, de la editorial Espasa-Calpe Argentina. Ambas colecciones responden a sendos proyectos editoriales cuyos fundamentos son analizados en este trabajo. Para ello, se explica su origen y se lleva a cabo un análisis en profundidad de sus catálogos entre 1938 y 1945.

Palabras clave: edición - Losada - Espasa-Calpe - exilio - colecciones

ABSTRACT

The beginning of the most successful period in Argentina's history of publishing, between 1937 and 1951, coincides with the launch of two pocket-book collections which were highly relevant for the education of one generation: the Biblioteca Contemporánea, by Losada; and the Colección Austral, by Espasa-Calpe Argentina. Both collections respond to publishing projects whose foundations are analyzed in this article. In order to do that, their origin is explained and an in-depth analysis of their catalogues between 1938 and 1945 is undertaken.

Keywords: publishing - Losada - Espasa Calpe - exile - collections

Coincidiendo con el inicio de la llamada “Edad de Oro de la industria editorial argentina”, fue fundado en los últimos años de la década de 1930 y principios de la de 1940 un considerable número de empresas editoriales en Buenos Aires cuya huella en la historia cultural iberoamericana del siglo XX ha sido penetrante y duradera. Tales son los casos, entre otros, de Sudamericana, Emecé, Santiago Rueda, Losada y Espasa-Calpe Argentina. Estas y otras editoriales —surgidas gracias, sobre todo, a una coyuntura muy favorable motivada por el desabastecimiento de los mercados americanos debido al ocaso editorial de España— asumieron la modernización de la industria argentina, que se objetivó en la creación de asociaciones gremiales, la celebración de ferias de libros, exposiciones internacionales y congresos, la internacionalización de los mercados y, principalmente, el impulso cualitativo y cuantitativo de los catálogos editoriales.

Las nuevas casas desarrollaron estrategias de venta hasta entonces poco explotadas y que han influido en la popularización de la cultura en América Latina. Entre ellas destaca la extensión y dignificación de colecciones de libro de bolsillo, que tenían como antecedentes las colecciones populares publicadas en los años veinte y treinta por Claridad y Tor. En este trabajo examinaremos las características de dos de estas colecciones: la Colección Austral, de Espasa-Calpe Argentina, y la Biblioteca Contemporánea, de Losada —más tarde llamada Biblioteca Clásica y Contemporánea—, e intentaremos desentrañar la similitudes y divergencias entre los títulos que las conforman, tomando como fuentes sus respectivos catálogos hasta 1945.

Tanto en el origen de Austral como en el de Contemporánea figura de manera protagónica el editor madrileño Gonzalo Losada Benítez, quien había llegado a Argentina en 1928 para hacerse cargo, junto a Julián Urgoiti, de la delegación en este país de Espasa-Calpe, la principal editorial española en la época. Casi diez años más tarde, en 1937, nació Espasa-Calpe Argentina S.A. dentro de una tendencia generalizada de reconvertir en sociedades autónomas las antiguas sucursales americanas de las editoriales españolas. Si hasta entonces



estas sucursales se habían dedicado a la importación y distribución de libros españoles, a partir de entonces comenzaron también a editar sus propios títulos. El motivo eran las dificultades que atravesaba la producción librera en España desde el inicio de la Guerra civil en julio de 1936. Un año antes que Espasa-Calpe, la sucursal de Labor ya se había convertido en Labor Argentina S. A. y posteriormente, en 1938, se fundó la Editorial Juventud Argentina bajo la dirección de Joaquín Torres, hasta entonces delegado en Buenos Aires. La guerra había provocado toda suerte de males a los editores españoles: escasez de materias primas y de personal cualificado, control político sobre los planes editoriales, desaparición de los mercados interiores e impedimentos insalvables en el transporte y las comunicaciones. A todo ello se sumaba el hecho de que, en 1936, la casi totalidad de las editoriales estaba localizada en Barcelona y Madrid, y por tanto en zona republicana, por lo que se les aplicaron las leyes de incautación obrera, que fueron especialmente gravosas en Cataluña. Así las cosas, los gerentes y directivos de las editoriales, a menudo en zona sublevada, advertían que su control se reducía a las sucursales americanas, bajo el mando de delegados leales, por lo que veían en estas recién nacidas un paliativo a la ruina empresarial ocasionada por la conflagración.

La situación se prolongó después de 1939 debido a las circunstancias políticas, económicas y culturales de la posguerra española y el contexto de guerra en Europa. Además de la censura, la represión, el intervencionismo del Estado y el exilio de la mayoría de los actores culturales españoles, la escasez de materias primas elevó inusitadamente los precios de producción del libro español. El editor Joaquín Sopena, en su ponencia para la Asamblea de Editores de Madrid en 1944, ponía el ejemplo de los libros de la colección Austral de Espasa-Calpe, que se vendían en Argentina a 1,50 pesos, aproximadamente 3,75 pesetas al cambio de la época. En España ese mismo libro se vendía a 4,50 pesetas, pero si hubiese sido producido en España no podría haberse vendido por menos de 7 pesetas. Con semejantes condiciones de comercialización, es perfectamente comprensible que los editores españoles mantuvieran la capacidad productiva de las filiales argentinas en tanto no se volvieran a equiparar los costes de producción de ambos países.

En el caso de Espasa-Calpe, el 15 de abril de 1937 se reunió por segunda vez su Consejo de Administración en San Sebastián, sede de la Papelera Española (Durán 1998: 1-2). La editorial así como los talleres gráficos de su propiedad habían quedado en Madrid bajo la dirección de un comité de obreros comunistas, que habían comenzado a editar, bajo el sello de Nuestro Pueblo, libros de temática política así como algunas obras literarias de autores como Valle-Inclán, Antonio Machado, García Lorca y Pérez Galdós. Ante esta circunstancia, el presidente del Consejo, Serapio Huici, otorgó poderes a los delegados de la editorial en Argentina, Gonzalo Losada y Julián Urgoiti para fundar, con los capitales de la antigua sucursal, la Compañía Anónima Editora Espasa-Calpe Argentina. El objetivo era dotarla de mayor independencia en su actuación y centralizar la labor en América de la forma más conveniente a los intereses de la editorial. En el consejo editorial de la nueva empresa figuraban, además de Losada y Urgoiti, colaboradores como Guillermo de Torre y Atilio Rossi, todos ellos de ideas republicanas y liberales que contrastaban con el conservadurismo creciente del Consejo de Dirección de la editorial.

Espasa-Calpe Argentina fue consolidándose rápidamente gracias al empuje de la industria editorial argentina, a la que de un modo inopinado le había llegado la oportunidad de abastecer el inmenso mercado latinoamericano hasta entonces dominado por los editores españoles. En sus primeros meses de existencia, llegó a publicar un gran número de títulos y proporcionó importantes autores americanos a la casa matriz, actuando con una relativa independencia, gracias, entre otros factores, a las relaciones de Losada y de Torre en los círculos intelectuales porteños. Apoyándonos en los datos de la propia editorial a través de su boletín bibliográfico *Nuevos Libros*, de diciembre de 1938, Espasa-Calpe Argentina había publicado en su primer año de existencia un total de 112 títulos, cantidad nada despreciable. De ellos, casi la mitad pertenecía a la Colección Austral, la colección más emblemática de la editorial, que se había inaugurado en septiembre de 1937 con *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset. Espasa-Calpe Argentina, además, puso en marcha otras colecciones, entre las que destaca

Literatura, con obras del fondo editorial como *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez; *Idea de la Hispanidad*, de Manuel García Morente; *Lazarillo de Tormes* y *Poema del Cid*, editados respectivamente por Pedro Henríquez Ureña y Felipe Reyes, etcétera. La tercera gran colección literaria era la Colección de Autores Argentinos, que incluía textos de José Hernández, Baldomero Fernández Moreno, Alfonsina Storni, Ricardo Güiraldes, Domingo Sarmiento y Carlos Octavio Bunge.

En 1938, el Consejo de Espasa-Calpe decidió ejercer un control más férreo sobre las ediciones de la casa americana, de la cual eran accionistas principales. Según señala Manuel Durán Blázquez (1998: 2), cundió un cierto malestar por las decisiones de Losada y Urgoiti de aumentar el capital social de Espasa-Calpe Argentina y de publicar nuevos libros sin haber contado con el permiso del Consejo de Administración. Por este motivo, se envió a Manuel Olarra Garmendia, uno de los dos directores de la editorial, para que sustituyera a Losada y Urgoiti al frente de la empresa. Cabe especular que detrás de esta decisión se escondía una motivación ideológica que enfrentaba a los miembros del Consejo, deseosos de reorientar la política editorial de la empresa dentro de los márgenes de la ortodoxia del naciente Estado franquista. Así lo prueba el hecho de que, tras la llegada de Olarra a Buenos Aires a principios de 1938, se paralizó la publicación de obras de autores como Manuel Gálvez, en la Colección de Autores Argentinos, y se dieron órdenes estrictas de no publicar ningún libro sin permiso expreso de España. Losada se refirió muchos años más tarde al veto a la publicación en la colección Austral de los libros *Historia argentina*, de Emilio Ravignani, y *Romancero*, de Arturo Capdevila. Según el testimonio de Losada, a la dirección de la editorial “le molestaba que en estas obras se hablara de la independencia de América, de sus héroes y de sus hechos” (Perrone 1974: 21).

Con la llegada de Olarra a Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina comenzó a exportar sus libros a la España sublevada. Ante la imposibilidad de editar en España, Espasa-Calpe, desde su sede editorial en San Sebastián, actuó como importadora de los libros argentinos de su filial. Las primeras instancias ante la censura para obtener permiso de importación y venta de los libros argentinos que hemos encontrado están datadas el 20 de abril de 1938. Desde entonces, Espasa-Calpe solicitó y obtuvo licencia de importación de la mayor parte de los volúmenes de Austral que llevaba publicados. Incluso obtuvo permiso para títulos como *Del sentimiento trágico de la vida*, de Miguel de Unamuno, incluido en el *Index* vaticano, al que, posteriormente, las autoridades franquistas habían de prohibir.

Pero lo más llamativo es que Espasa-Calpe presentó ante censura solicitudes de importación de libros que aún no estaban editados. Posiblemente, hacían depender del juicio de censura la decisión de editarlos o no, de la misma manera que harían si el libro fuera a ser publicado en España. Por ejemplo, el expediente de *Juan de Mañara*, de Manuel y Antonio Machado, lleva fecha del 13 de junio de 1938 pero la obra no se publicó hasta 1941. Algo parecido ocurre con *Autobiografía*, de Stuart Mill, *Diálogos*, de Leopardi, *Las invasiones inglesas*, de Arturo Capdevila, *Vida e historia*, de Gregorio Marañón, etcétera. La respuesta la encontramos en el expediente de la obra *Los cuatro presidentes de la Primera República española*, del Conde de Romanones, que Espasa-Calpe iba a editar en Buenos Aires. El jefe de la censura, Juan Beneyto, en una nota interna, comunica lo siguiente a los censores: “Esta obra va a editarse en la Argentina y ha sido presentada por la Casa Espasa Calpe a fin de que se censure de forma que no haya obstáculos en el momento de la importación”. Todo esto vendría a demostrar que, al someter su catálogo al beneplácito de la censura a fin de asegurarse una tranquila importación de sus libros, Espasa-Calpe extendió el campo de la represión cultural franquista al territorio argentino. Abundando en esta hipótesis, Sánchez Vigil y Durán (2009: 6) apuntan que poco después del fin de la guerra, en un viaje a España, Olarra se entrevistó con las máximas autoridades de la censura, Beneyto y Pedro Laín, así como con los Ministros de Educación y Justicia para asegurarse el apoyo de las autoridades franquistas a las ediciones americanas de Espasa-Calpe.

Los desencuentros con Olarra, así como su propia vocación de editor, llevaron a Losada a dejar Espasa-Calpe Argentina y fundar, asociado a Enrique Pérez, Teodoro Becú, Jesús

Alonso y a otros socios capitalistas, su propio sello editorial. Así describía Pedro Henríquez Ureña a su corresponsal Alfonso Reyes la fundación de la editorial Losada:

Espasa-Calpe Argentina, bajo la presión del franquismo, se ha reducido a poca cosa. No puede publicar sino libros de ultraderecha o libros antiguos inofensivos. Los que allí estábamos —Guillermo de Torre, el pintor Atilio Rossi y yo; medio afuera y medio adentro, Romero y Amado— nos hemos ido con Gonzalo Losada, ex gerente de Calpe, que ha fundado una casa editorial (1981: 444).

Entre los impulsores del proyecto inicial figuraban varios españoles muy relacionados con círculos intelectuales de Argentina, como Guillermo de Torre y Amado Alonso; exiliados republicanos recién llegados a América, como Luis Jiménez de Asúa y Lorenzo Luzuriaga; argentinos con gran prestigio intelectual, como Francisco Romero —que había presidido la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles— y Teodoro Bécú; y otros extranjeros radicados en Buenos Aires, como Atilio Rossi y Pedro Henríquez Ureña.

El primer título publicado por la Editorial Losada fue *La metamorfosis*, de Kafka, en la colección La Pajarita de Papel, que se terminó de imprimir en agosto de 1938 y que años después pasaría a la Biblioteca Contemporánea. En los meses que restaron hasta el final de ese año, Losada consiguió sacar al mercado un total de sesenta títulos que sentaron las bases de su política editorial. Destacaron entre estos primeros empeños la edición de las *Obras Completas* de Federico García Lorca, y de otros autores identificados con la cultura liberal republicana, como André Gide, André Malraux, Thomas Mann y Bertrand Russell.

La Colección Austral y la Biblioteca Contemporánea fueron las dos colecciones más populares de Espasa-Calpe y Losada. Físicamente, apenas existían diferencias entre los libros de ambas. Los de Austral medían 11,5 x 18 cm. y se comercializaban en 1945 a un precio de 1,50 pesos el volumen normal y 2,25 pesos el volumen extra. El color de la sobrecubierta dependía de la materia del libro. Su logotipo representaba el signo zodiacal de Capricornio. La Biblioteca Contemporánea, por su parte, la componían volúmenes de idéntico formato, que se vendían en ese mismo año a un precio de 1,50 pesos el volumen corriente, 2 pesos el volumen extra y 2,50 el volumen especial.

En su catálogo conmemorativo de los primeros quinientos títulos, en 1945, la Colección Austral se presentaba de la siguiente manera:

En un renovado esfuerzo editorial, de amplia y positiva trascendencia, Espasa-Calpe Argentina, S. A. lleva adelante la publicación de su ya extensa y difundida Colección Austral, formada básicamente con producciones de los primeros escritores de nuestros días, intercaladas con las obras cumbres clásicas que consagraron el prestigio de los más famosos autores de todos los tiempos. Seleccionadas con criterio práctico y ecléctico, pone al alcance de la gran masa de público que se hallaba imposibilitado de leerlas —porque las ediciones eran raras o incompletas— ediciones íntegras, autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas, y en traducciones correctas cuando se trata de autores extranjeros (5).

La Biblioteca Contemporánea, por su parte, se definía en las solapas de sus libros de la siguiente manera:

Editorial Losada S. A. presenta la Biblioteca Contemporánea que comprende los mejores libros del mundo, los de valor más probado y permanente, aquellos que responden verdaderamente a las curiosidades y a las necesidades culturales de los lectores, elegidos con arreglo a su puro y alto significado literario e ideológico, sin limitaciones tendenciosas. Aparecen en la Biblioteca Contemporánea el libro ya famoso y el libro de ameno esparcimiento, el libro exquisito y el libro popular.

La declaración de intenciones no difería pues, en lo sustancial, si bien Austral incidía más en el aspecto popular (“al alcance de la gran masa de público”, “muy económicas”) y en la presentación editorial (“ediciones íntegras, autorizadas, bellamente presentadas”), mientras la Contemporánea especificaba más la excelstitud de los textos (“los mejores libros del mundo, los de valor más probado y permanente, aquellos que responden verdaderamente a las curiosidades y a las necesidades culturales de los lectores”). Las dos reconocían como seña de identidad su carácter misceláneo (“seleccionadas con criterio práctico y ecléctico”, “el libro ya famoso y el libro de ameno esparcimiento, el libro exquisito y el libro popular”), que las convertía en repertorios representativos de los diversos niveles de la cultura nacional y universal, renunciando expresamente a cualquier concepto elitista de la cultura escrita.

Tal vez el matiz diferenciador más llamativo es el que establece el anuncio de Biblioteca Contemporánea según el cual dice optar por la ausencia de “limitaciones tendenciosas” en la selección. Esta leve sutileza se hace patente al examinar de cerca los respectivos catálogos. Al repasar los autores y títulos que integran el de Austral, resulta inevitable sospechar de cierto filtro ortodoxo impuesto por las doctrinas de la política cultural del franquismo. Así parece evidenciarlo, por ejemplo, la palmaria preferencia de los editores de Espasa-Calpe Argentina por las letras españolas. Tomando el catálogo de 1945, aproximadamente la mitad de los títulos y el 35% de los autores eran españoles; inversamente (el 50% de los autores y el 35% de los títulos) eran traducciones; de Latinoamérica procedía tan sólo un 15% de autores y de títulos.

Pero esta desestimación no era puramente cuantitativa. Si se analizan los nombres de los autores latinoamericanos seleccionados se observa una criba. Son publicados, sobre todo, autores conservadores e hispanófilos, como Alfonso Junco, Enrique Larreta y Artemio de Valle-Arizpe o clásicos como Sor Juana Inés de la Cruz, el Inca Garcilaso, José Hernández y Ricardo Palma. Hay además una escasa pero representativa selección de escritores modernistas, como Amado Nervo, Horacio Quiroga, y Rubén Darío. Entre los contemporáneos están, además de los mencionados, José Eustasio Rivera, Benito Lynch, Hugo Wast, Carlos Reyles, Arturo Capdevila, Alfonsina Storni y Rómulo Gallegos. Como se ve, una lista compatible con las directrices culturales del Régimen y con credenciales suficientes de hispanismo.

Sin embargo, no hay que buscar únicamente causas de índole ideológica en la confección de este catálogo pues Austral apenas contrató obras nuevas en sus primeros años. Su gran aportación para los lectores latinoamericanos, más que la actualidad de los autores que lo integran, es que puso a su disposición el extraordinario catálogo de Espasa-Calpe a un precio y una accesibilidad inéditas hasta entonces. Los títulos de la colección procedían mayoritariamente de su catálogo editorial en Madrid, por lo que, en gran medida, no dejó de ser una colección española de obras editadas en Argentina por motivos de índole comercial. Esto determinó la orientación del catálogo. Espasa-Calpe no reincorporó para Austral aquellos títulos de autores latinoamericanos de los que disponía si eran susceptibles de entrar en conflicto con el nuevo Estado español, en particular las novelas de la revolución mexicana que había publicado, con cierto éxito antes de la guerra, como *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, *Los de abajo*, de Mariano Azuela, y *Vámonos con Pancho Villa*, de Rafael F. Muñoz —aunque sí se publica, en 1941, la primera edición de *Se llevaron el cañón para Bachimba*.

En cierta manera, a través de Austral se restituyeron al mercado editorial los excelentes fondos editoriales de Espasa-Calpe, cuyas reediciones habían quedado paralizadas por la guerra y, gracias a la nueva coyuntura, los lectores argentinos se encontraron inopinadamente con estos fondos. Esto hacía que la colección resultara mucho más ecléctica que su antecedente más claro, la Colección Universal, de formato parecido, dirigida antes de la guerra por Manuel García Morente. La presentación de aquella colección bien podría valer para Austral: “La biblioteca selecta al alcance de todos. Las obras cumbres de todos los tiempos y países. Reúne la selección más admirable de obras y autores. La biblioteca necesaria a todo hombre culto”. Sin embargo, si cotejamos los títulos de la Colección Universal y de la Colección Austral, se advierte un carácter mucho menos elitista en la segunda y también más misceláneo. Mientras la selección hecha para la Colección Universal estaba guiada por un criterio de excelencia literaria e

intelectual, el filtro de Austral resulta mucho más amplio. A estos se suma la voluntad de distinguirse, probablemente para diversificar títulos y evitar la competencia entre ambas colecciones, ya que Espasa-Calpe poseía *stocks* de libros de la Universal que podría vender en la posguerra. Esta hipótesis la demuestra el hecho de que, por ejemplo, Austral opte por publicar en algunos casos a los mismos autores clásicos que ya aparecían en Universal, pero seleccionando títulos diversos. Si la Colección Universal había publicado *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, Austral publica *Peribáñez y el comendador de Ocaña*; en vez de sacar una nueva edición de *De los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León, Austral escoge *La perfecta casada*; y publica algunas de las pocas tragedias de Shakespeare que Universal no había ofrecido al público español, como *El rey Lear*.

En el apartado de las traducciones es donde la deuda de Austral con el fondo editorial de Espasa-Calpe es más notoria. Se reeditan obras como *Santuario*, de William Faulkner, en traducción de Lino Novás Calvo; *Las afinidades electivas*, de Goethe; *La vida íntima*, de Keyserling; *El príncipe*, de Maquiavelo; *Autobiografía*, de Stuart Mill; *Cuentos de la Mala Strana*, de Jan Neruda; *Vidas paralelas*, de Plutarco; etcétera. Igualmente llama la atención la recurrencia al catálogo de preguerra de Revista de Occidente, participado por el entramado empresarial de Espasa-Calpe, de donde proceden las traducciones de *Noches florentinas*, de Heinrich Heine; *El concepto de la angustia*, de Sören Kierkegaard; *Cultura femenina y otros ensayos*, de Georg Simmel.

Al repasar a los autores españoles de Austral, es perceptible la presencia de intelectuales acogidos por el franquismo y elevados precipitadamente a la categoría de clásicos: José María Pemán, Eduardo Aunós, Wenceslao Fernández Flórez, Luys Santamarina, Federico C. Sainz de Robles, Eugenio d'Ors, Guillermo Díaz-Plaja, Julio Camba, Gerardo Diego, Manuel Machado, etcétera. Del mismo modo, es destacable el elenco de autores católicos que la historiografía literaria oficial se empeñaba en canonizar, como Luis Coloma, Jaime Balmes, Francisco Suárez, Juan Luis Vives, Marcelino Menéndez y Pelayo, Ricardo León y José María Pereda. A ellos se les unen autores del siglo XIX como Fernán Caballero, Mariano José de Larra y Rosalía de Castro. El límite de la heterodoxia lo constituyeron autores de la generación del 98, muy del gusto de Falange pese a sus mistificaciones religiosas y aun políticas: Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Ganivet, Baroja y uno de los padres ideológicos del conservadurismo español, Ramiro de Maeztu. Además, constaban algunos “liberales” conservadores que se habían expatriado al comienzo de la guerra civil sin haber llegado a hacer profesiones claras de anti-franquismo, que comenzaban a ser tolerados en la Península y que, unos pocos años después, comenzaron a publicar en la prensa franquista y regresaron a España, como José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Maura y Ramón Gómez de la Serna.

La coincidencia más notoria entre los catálogos de Austral y la Biblioteca Contemporánea la constituyen sendas ediciones de 1941 de las *Poesías completas* de Antonio Machado, el único autor que inequívocamente había militado en el bando republicano durante la guerra que encontró cabida en Austral. La inclusión de este título resulta excepcional y parece contradecir los juicios acerca de la ortodoxia franquista de la producción americana de Espasa-Calpe. La Dirección General de Propaganda, de hecho, había prohibido la venta de todas las obras del poeta. Espasa-Calpe propuso en agosto de 1940 la edición del libro que, sorprendentemente, fue autorizada por la censura con dos condiciones: una, varias tachaduras que no se especifican en el expediente; la otra, que llevara un prólogo del Director General de Propaganda, Dionisio Ridruejo. Este requisito era relativamente común para autorizar algunas obras en la primera posguerra: de esta manera, el Régimen se distanciaba de determinadas heterodoxias leves mediante una advertencia previa. El propósito de Ridruejo era, pues, explicar por qué Machado podía ser editado y anteponer a la lectura ciertas prevenciones y reparos. Así lo hizo en el prólogo, al que tituló, significativamente, “El poeta rescatado” y que fue reproducido poco después en la revista *Escorial*. Ridruejo manifestaba los intereses que la ideología franquista podía tener en Antonio Machado (“yo escribo este prólogo como escritor falangista con jerarquía de Gobierno para el libro de un poeta que sirvió frente a mí”), a quien había que rescatar de la influencia republicana (su “ingenuidad de viejo profesor desaliñado le

hacía bueno para creer honradamente toda patraña”) que hizo que fuera “secuestrado moralmente” (Ridruejo 1941: IX). Con todo, la edición de las poesías de Machado no eran completas: faltaban las poesías escritas durante la guerra como “El crimen fue en Granada” y “A Lister”, que sí están en la edición de Losada.

Los mismos argumentos de Ridruejo sirvieron de coartada al franquismo para poder hacer suyos —“recuperar”, diría el conspicuo falangista— a algunos autores que poco tenían que ver con la ortodoxia, como Unamuno, Baroja, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset, cuyos nombres figuraban en el catálogo de Austral. Al igual que se evitan algunos poemas conflictivos de Machado, faltan títulos como *La voluntad*, de Azorín, de quien se publican trece títulos inocuos. Algo parecido ocurre con Pío Baroja, de quien se omiten las novelas más cuestionables para la moral católica, como *Camino de perfección* y *El árbol de la ciencia*. Sí está, sin embargo, *Del sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno, que es el número cuatro, y por tanto, bajo responsabilidad de Losada y Urgoiti. En cuanto a Valle-Inclán se echa de menos *Luces de bohemia*.

En el catálogo de Espasa-Calpe de Madrid de marzo de 1940, se incluye por primera vez la Colección Austral de Espasa-Calpe Argentina. Es entonces cuando comienzan a normalizarse las exportaciones, lo que provoca un incremento en las tiradas de Austral. Ninguno de los volúmenes editados ha sufrido los efectos de la censura ni tiene problemas para entrar en España, salvo cuatro excepciones de la época de Losada y Urgoiti, que son rápidamente retiradas de la colección y sustituidas por autores más ortodoxos: *Santa Juana* de Georges Bernard Shaw, *El matrimonio de compañía*, de Ben B. Lindsey y Wainwright Evans, traducido por Rafael Cansinos-Assens y en donde se incluyen informaciones sobre contracepción y educación sexual y se opina a favor del divorcio; y *Pan*, de Knut Hamsun.

Por su parte, la Biblioteca Contemporánea es, probablemente, la colección más famosa y de mayor éxito de Losada. Estaba dirigida por el escritor madrileño Guillermo de Torre y entre 1938 y 1982 publicó 478 volúmenes. Esto significa un ritmo de publicaciones mucho más lento que el de Austral, que había alcanzado ese número en sus primeros siete años de existencia. En 1945, fecha límite de este estudio, la Biblioteca Contemporánea estaba compuesta por 172 títulos. Al analizarlos, llama la atención, en primer lugar, la notable presencia de autores latinoamericanos en comparación con el catálogo de Austral —un 30% aproximadamente, en comparación con un 35% de autores españoles y otro tanto de autores traducidos al castellano—, si bien el porcentaje de obras de autores españoles era mucho mayor —más de un 60% frente al 18% de obras de autores americanos y el 20% de traducciones— debido a la publicación, entre los primeros 200 números de la colección, de 31 obras de Benito Pérez Galdós, 13 de Valle-Inclán, 10 de Federico García Lorca, 7 de Azorín, 6 de Alberti y de Jacinto Grau... Sin embargo, hay que tener en cuenta dos matices que la vuelven a distanciar de Austral: el primero, que la mayoría de estos autores españoles eran, a la sazón, desterrados que participaban de los marcos de producción intelectual latinoamericanos; el segundo, que los porcentajes fueron equiparándose en los años sucesivos: para 1961, con trescientos títulos publicados, corresponde a autores españoles un 42%; a autores latinoamericanos, un 40%; mientras que sólo el 18% eran traducciones. Este hecho tiene especial relevancia, teniendo en cuenta que la colección aspiraba a recoger un repertorio de clásicos contemporáneos, entre los cuales había una gran representación de autores americanos elevados por primera vez a esa dignidad.

Limitando nuestro examen a los títulos publicados antes de 1945, la impresión que ofrece el catálogo de la Biblioteca Contemporánea es de una mayor modernidad que el de Austral. La misma editorial Losada, en el catálogo editado con motivo de su trigésimo aniversario, consideraba que, con la Biblioteca Clásica y Contemporánea, “por primera vez una editorial renunciaba a la facilidad de creer que sólo las obras consagradas por el tiempo y las generaciones de lectores sucesivos podían concitar el interés de una masa de lectores” (1968: 9).

Esta modernidad se manifiesta en un notable elenco de autores vivos. Entre los latinoamericanos contemporáneos están Enrique Amorim, Eduardo Mallea, Alcides Arguedas, Francisco Romero, Germán Arciniegas, Ezequiel Martínez Estrada y Pablo Neruda (a los que se

sumaron, en años posteriores, César Vallejo, Elvio Romero, Arturo Uslar-Pietri, Miguel Ángel Asturias, Ernesto Sábato, Nicolás Guillén y Roberto Arlt). De los 26 autores españoles incluidos en esta fase inicial de Losada, 12 son exiliados, 10 muertos en 1936 o antes, y sólo 3 (Pío Baroja, Ricardo León y Azorín) habían permanecido en la España franquista, además del especial caso de Ramón Gómez de la Serna. El repertorio de exiliados republicanos en América que figuran en el catálogo de la Biblioteca Contemporánea es muy relevante: Rafael Alberti, Jacinto Grau, Alejandro Casona, Amado Alonso, Ángel Ossorio, José Ferrater Mora, Joaquín Casaldueiro y Juan Ramón Jiménez (a los que se añadirían en los años posteriores Arturo Barea, María Teresa León, León Felipe, Emilio Prados y Pedro Salinas). En esta lista deberíamos integrar, entre los autores muertos antes del fin de la guerra civil, a figuras relevantes para la cultura republicana, como Pérez Galdós, García Lorca, Valle-Inclán y Antonio Machado, de quien se publicaron, además de las *Poesías completas* a las que ya nos hemos referido, la tercera edición en forma de libro de *Juan de Mairena y Abel Martín* después de la que Espasa-Calpe publicara poco después de estallar la guerra civil y de la edición mexicana de la editorial Séneca. Los libros de todos ellos y de muchos otros exiliados figuraban en los catálogos de otras colecciones de Losada. También se refleja el cosmopolitismo de la editorial Losada en el apartado de traducciones en el que figuran autores de máxima actualidad en la década de los años cuarenta como Kafka, Tagore, Freud, Pirandello, en el caso de las traducciones.

A pesar de estas prevenciones, en los primeros ochenta títulos de la colección es posible encontrar ciertas similitudes entre Austral y la Biblioteca Contemporánea, que tienden a disminuir a medida que Losada va ensanchando su nómina general de autores. Incluso coinciden en estos primeros años en la publicación de once títulos: *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain; las *Sonatas*, *Tirano Banderas*, *Voces de gesta* y *Canto de abril*, de Valle-Inclán; *Peñas arriba*, de Pereda; *Zalacaín el aventurero* y *El mundo es así*, de Pío Baroja; *La novela de un novelista*, de Palacio Valdés; *Casta de hidalgos*, de Ricardo León; y *Cartas finlandesas*, de Ganivet. Además, en estos primeros años de existencia de la Biblioteca Contemporánea, son varios los autores compartidos con Austral, aunque con obras distintas: Maeterlinck, Valera, Wilde, Capdevila, Chesterton y Azorín, por ejemplo.

La relación de Biblioteca Contemporánea con el mercado español fue infinitamente más complicada e insatisfactoria que la de Austral. Las primeras remesas de Losada no llegaron a España hasta 1945, de la mano de Joaquín de Oteyza, agente de varias empresas americanas en Madrid. La censura era especialmente dura con estos libros y, de entrada, vetó la importación de cualquier obra de determinados autores como Germán Arciniegas, Pío Baroja y Ramón Pérez de Ayala.

Con todos estos datos podemos concluir que, por debajo de las similitudes de intenciones, formato y público lector, latén relevantes diferencias entre la Colección Austral y la Biblioteca Contemporánea. En cierta manera, estas diferencias las complementan mutuamente: mientras la Colección Austral ofreció a los lectores americanos un repertorio de la cultura occidental clásica en ediciones dignas y de precio reducido, la Biblioteca Contemporánea puso en estas mismas manos, y también a un bajo precio, un acervo cultural atento a las tendencias y corrientes del momento. El mismo nombre de Biblioteca Contemporánea excluía *a priori* textos publicados antes del siglo XIX y enunciaba la voluntad de popularizar a algunos de los autores contemporáneos más importantes. Por otra parte, es apreciable, en el caso de la Biblioteca Contemporánea, la pretensión de integrar la literatura y la cultura hispanoamericanas en el repertorio de la literatura universal, intención que se acentúa a medida que Losada va incorporando a su catálogo a relevantes autores americanos. Por el contrario, Espasa-Calpe, que en los años veinte había ofrecido en primicia a algunos de los más importantes autores americanos en España, ofreció una selección muy reducida y parcial de la literatura latinoamericana. La parcialidad se acentúa en la selección de autores españoles incluidos en su catálogo, en los cuales se aprecia el intento de establecer en América Latina los criterios políticos que dieron lugar a un canon contemporáneo sesgado y determinado por la represión cultural del régimen de Franco. Por eso creemos que es preciso tamizar mediante el ejercicio de

la crítica las exageradas alabanzas que recibe con excesiva frecuencia esta colección.¹ Las facilidades que obtuvieron los libros de Austral para difundirse en España se debieron simultáneamente al oportunismo político de sus rectores desde España y a las facilidades de edición brindadas por la economía argentina. Por eso, cuando la coyuntura empeoró, Austral se reintegró al suelo español sin problemas, mientras Losada campeaba como podía con la crisis editorial argentina. Esta historia refleja en definitiva lo que un editor mexicano reprochó a sus colegas españoles cuando terminó la época dorada de la edición americana:

Si los editores hispanoamericanos hubieran apreciado la honda filosofía que hay en la pregunta que Cantinflas hace a sus compañeros de juego al iniciar una partida de naipes: “¿jugamos como caballeros o como lo que somos?”, habrían entendido desde un principio que España lucharía usando todas las armas no sólo para rehacer una industria que significa millones de capital, sino la hegemonía espiritual y política sobre la América española. Y si los gobiernos de ésta y los propios editores hispanoamericanos hubieran entendido que la defensa y el éxito de la industria editorial nuestra no sólo significaba los millones de pesos invertidos, sino la verdadera independencia espiritual de América, otro habría sido el resultado (Cosío Villegas 1949: 71).

¹ En el momento de entregar este trabajo llega a nuestras manos el último número de la revista *Ínsula* (mayo de 2009), propiedad desde hace unos años de Espasa-Calpe. Se trata de un monográfico dedicado a Austral en el que, como se nos dice en el editorial, “una pléyade de creadores, intelectuales y personalidades” se ha puesto de acuerdo para “rememorar su idilio con la colección Austral”.

BIBLIOGRAFÍA

- (1936). *Colección Universal. El tesoro literario de la Humanidad [Catálogo]*, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1938). [Expedientes de importación de libros de Espasa-Calpe Argentina.] Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, 3 (050) 21/07062, 21/07063 y 21/07064.
- (1940). [Expediente 295 de 1940 sobre *Poesías completas*, de Antonio Machado.] Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, 3 (050) 21/06560.
- (1945a). [Expedientes de importación de libros de Losada]. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, 3 (050) 21/07684.
- (1945b). *Colección Austral [Catálogo conmemorativo]*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina.
- (1968). *Losada S. A. (1938-1968) [Catálogo conmemorativo]*, Buenos Aires, Losada.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel (1949). “España contra América en la industria editorial”, *Cuadernos Americanos* 8-1: 59-71.
- DE DIEGO, José Luis (2006). “La ‘época de oro’ de la industria editorial”. José Luis de Diego (comp.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica: 91-123.
- DURÁN, Manuel (1998). “En vanguardia de la cultura: apuntes para una historia de Austral”. *Ínsula* 622: 2-3.
- GUDIÑO KIEFFER, Eduardo (2002). *La Editorial Losada. Una historia abierta*, Madrid, Losada.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y Alfonso REYES (1983). *Epistolario íntimo (Tomo III)*, recopilado por Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- OLARRA JIMÉNEZ, Rafael (2003). *Espasa-Calpe. Manuel Olarra un editor con vocación hispanoamericana*, Buenos Aires, Dunken.
- PERRONE, Alberto (1974). “Gonzalo Losada. Busque en su biblioteca, y verá por qué ‘le suena’ este nombre”. *Gente*, 13 de junio: 21-23.
- RIDRUEJO, Dionisio (1941). “El poeta rescatado”. Antonio Machado, *Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe: V-XV.
- SALVAT, Santiago, Joaquín Sopena y José Zandrera (1944). *Difusión del libro español*, Madrid, Instituto Nacional del Libro Español.
- SÁNCHEZ VIGIL, Juan Miguel y Manuel Durán (2009). “Austral en su historia”. *Ínsula* 749: 5-7.